

El último roble

Helena Cobi,

Instituto Luis Buñuel, de Zaragoza

Yo tan solo era una niña, una humilde e inconsciente niña de siete años. Vivía en un pequeño pueblo de los Montes Vascos al noreste de la península Ibérica.

Toda mi familia vive esparcida por muchas de las ciudades españolas, pero mis padres decidieron criarnos a mí y a mi hermano pequeño, Xavier, en un pueblo. Mi madre dice que lo hicieron para cuidarnos y enseñarnos decentemente, y porque la gente de las ciudades está *extremadísima*, como sus gallinas, o por lo menos eso dice mi abuela.

No sé cómo serán los niños y niñas de ciudad, pero yo soy muy feliz aquí, tampoco tengo mucha curiosidad por ver una ciudad, aunque soy consciente de que algún día tendré que hacerme mayor e irme a alguna ciudad para estudiar o trabajar, la verdad es que no quiero crecer, estoy genial así.

A mí me gusta mi forma de vida, hacemos ejercicio constante y nos lo pasamos genial. Mi pandilla y yo bajamos siempre al río para jugar al escondite o para hacer fuertes para que no pase el agua y fastidiar a las pandillas de los pueblos de abajo, también hacemos puentes movibles para las riadas, etc...

Nosotros solo vamos a la escuela de lunes a jueves y no vamos por las tardes, porque debemos ayudar en las tareas del hogar y los viernes hacemos los deberes del jueves, ayudamos a la familia con sus trabajos en casa o vamos a comer a casa de uno de la pandilla, cada viernes vamos a una casa diferente, nos vamos alternando y nos hacemos nosotros la comida. Este año en la escuela las cosas han cambiado mucho porque ha venido un maestro nuevo y nos gusta mucho, nos ha separado por grupos de mesas clasificadas por edades, para estudiar cosas diferentes. Él tiene una silla en cada grupo de mesas al que llama continente, de vez en cuando viene, se sienta y nos explica la lección de ese día, no manda deberes y se va a otro continente.

Después de la escuela cojo a mi hermano pequeño de la mano y nos vamos a casa. Nuestra casa es la que está más alejada del pueblo y nos cuesta un poco más ir, además justo antes de llegar hay una cuesta que para bajarla con la bici en verano o con el trineo en invierno es fantástica pero para subirla durante todo el año es una pesadilla. Mi hermanito la llama la cuesta del mal, él dice que de subirla se extinguieron los dinosaurios, en fin cosas de niños pequeños. Cuando llegamos a casa, mi hermano sube a nuestras habitaciones y deja las mochilas, mientras yo caliento la comida y pongo la mesa para los dos, tras acabar de recoger fregamos los vajillos y nos subimos a hacer los deberes, bueno eso yo, porque él se echa unas siestas de larga duración que le deben de rejuvenecer o algo porque le encantan. Luego ayudamos en las tareas.

Normalmente mi padre está en la herrería del pueblo y no vuelve hasta las seis y media; mi madre está con sus compañeras de trabajo en la era, cosiendo mientras vigilan al abuelo que está en el huerto plantando, recolectando y cuidando todas las frutas y verduras que son como sus hijos; y mi abuela está en su habitación pintando cuadros frente a la ventana, aprovechando sus magníficas vistas porque tiene las mejores vistas de la casa, bueno del todo el pueblo, porque su ventana da al valle y ella lo dibuja en todas las estaciones del año.

Luego, si tengo tiempo, salgo a la ribera del río con mis amigos, vamos a ayudar al padre de Yune con la granja y sus animales o limpiamos la peña que la tenemos muy descuidada últimamente...

Hoy el maestro está tardando mucho en llegar a clase. Nosotros le estamos esperando con cautela porque nos dijo que vivía dos o tres pueblos más cerca de la capital e igual había problemas en los caminos o algo. Llevamos casi media hora esperándole y hemos decidido ir a preguntarle al director, hemos ido Yune, Marcos y yo, somos de edades diferentes pero inseparables. Nos hemos encontrado al director tomando un café y hablando por teléfono en el

portal de la escuela, cuando ha colgado el teléfono nos ha dicho que nos fuéramos todos a casa, que hoy no había clase porque el maestro no podía venir. Aunque nos ha extrañado nos hemos ido como si nada.

Hemos llegado mi hermano y yo a casa después de esa cuesta de mal y no podíamos abrir la puerta con las llaves, mi hermano se ha empezado a asustar y a poner rojo como si fuera a llorar. Ha sido entonces cuando le he dicho que iríamos por la despensa, detrás de la casa hay una puerta inclinada, como si esta estuviera apoyada en la pared de la casa. Después de quitar el palo que impide abrir la puerta desde dentro, he abierto las puertas de madera y he mirado a mi hermano, sabía francamente que tenía miedo pero he dejado la mochila en el suelo y he empezado a bajar, mientras buscaba la luz he oído unos pasos en el piso de arriba, eso es que hay gente en casa. Cojo mi mochila, luego la de mi hermano y mientras la dejaba en el suelo, él bajaba tranquilamente

Casi matamos a mi familia de un infarto cuando hemos salido de la puerta que conduce a la bodega, le hemos contado todo al abuelo y a padre, también me he dado cuenta de que mi madre está llorando y al ir a acercarme mi padre me ha agarrado de la capucha de la sudadera y me susurra lentamente en el oído como si tuviera una minusvalía mental o lo así: “Deja a tu madre relajarse, súbete a tu cuarto y no le digas a Xavier que mamá está llorando, ¿vale?”. Le miro desconcertada y asiento con la cabeza, él me acaricia la barbilla como signo de agradecimiento.

Ahora mismo mi cuarto se me hace gigante y silencioso, soy consciente que algo malo ocurre o simplemente puede ser casualidad, no lo sé, solo sé que estoy muy nerviosa, porque si yo no entiendo nada, mi hermanito menos todavía. El maestro no viene a clase, no hemos podido abrir la puerta principal, toda la familia entera esta en casa un día laboral y madre está llorando. No entiendo nada.

Acabo de oír cerrar la puerta de la casa, me asomo al balcón y veo al abuelo, a la abuela y a mi padre salir hacia el coche. Yo aunque sé que está mal desobedecer a padre he salido de la habitación y me he acercado a la puerta del cuarto de mis padres, mi hermano está en su cuarto intentando hacer el cubo de Rubick por millonésima vez. Se oye llorar a mi madre desde las escaleras, me acerco a su cuarto y entro, ella se quita las lágrimas rápidamente y me pregunta;

- Cariño, ¿qué haces aquí?

Decido responderle con una pregunta para que no me riña aunque creo que madre no sabe que padre me ha dicho que me quede en la habitación.

- ¿Qué te pasa? ¿por qué lloras? ¿Te han despedido?

- ¿Eh? No, no cielo, no me han despedido, están pasando cosas que no quiero asimilar, ¿vale? Pero no se lo digas a Xavier, el es demasiado pequeño para saberlo, me dice ella intentando que no se le escapen las lágrimas.

- Pero madre, me gustaría que me lo contases, sabes que sé guardar muy bien secretos, no le dije nada a padre sobre su regalo de cumpleaños, le comento con mi mejor intención.

Sonríe un poco y vuelve a su cara de tristeza, lo siento cielo, me dice mientras me acaricia la mejilla con su mano temblorosa. No puedo decírtelo, tú también eres muy pequeña para asimilarlo.

- Madre hoy a faltado el maestro, ¿tiene algo que ver?, pregunto desconcertada.

- No tranquila, me dice más aliviada. Ahora ve a preparar la cena para tu hermano, prepárale la sopa que le gusta y sanjacobo, que le encanta, hazlo por mí por favor. Me mira a los ojos y se le llenan de lágrimas.

- Vale, pero no llores que no pasa nada. En realidad sé que sí que pasa algo importante, pero es lo que me dice el abuelo cuando me caigo y me duele mucho.

Hoy mi hermanito no viene al cole porque le llevan al médico o algo así, pero hoy sí que ha venido el maestro y nos ha dicho que tenía que ir al médico con una persona para hablar de un tema importante con el enfermero. Ya estoy más tranquila, aunque mi madre no.

Han pasado muchos días y cuando he llegado a casa no he visto a mi hermano que lleva unos cuantos días sin venir al cole y sin salir de su cuarto. Padre y el abuelo me han dicho que está enfermo y que no sale por si me contagia.

No sé si a los demás le pasa, pero se me pasa el tiempo muy rápido, entre que llevo sin ver a mi hermano varios días y le estoy empezando a echar de menos, viviendo en la misma casa, mi madre no para de llorar y nadie sonrío. Todo está tan raro...

Un día cualquiera, bueno cualquiera, ya empezaba el mal tiempo e íbamos ya todos muy abrigados. Estoy en clase, todos preguntan por mi hermano y no sé qué contestar, les digo que está malo que es lo que en realidad me han dicho mis padres aunque no me lo creo mucho. Me acerco al maestro, para que me explique el ejercicio que no entiende nadie de mi mesa pero nadie quería levantarse así que he ido yo. Él también me ha preguntado por mi hermano y le he dicho que no lo sé, después de mirarme extrañado y con el ceño fruncido han llamado a la puerta de clase y el director me ha dicho que saliera y que tenía que hablar conmigo.

- Siento mucho por lo que tienes que estar pasando, pero me gustaría que fueras fuerte, como lo has sido siempre, y que no te distraigas de los estudios, me dice con una cara de preocupación.

- Lo siento señor director pero no entiendo de lo que habla, le contesto sin saber el tema de conversación, ni el motivo porque me ha sacado de clase.

- Te hablo de lo que le ocurre a tu hermano Xavier. Le miro con el ceño fruncido porque sigo sin entender nada.

- Lo de tu hermano Xavier, me repite pero no es que sea tonta, es que no sé de qué me está hablando

- Noa (yo soy Noa), ¿no sabes que han ingresado a tu hermano en el hospital?, me pregunta. Empiezo a darme cuenta de todo lo ocurrido, las lágrimas de mi madre, la ausencia de mi hermano, las mentiras de todos. Sin contestar salgo corriendo hacia el hospital, el problema es que el hospital más cercano esta a diez kilómetros y yo voy en manga corta. Estoy luchando contra el frío, sigo corriendo y ya veo el pueblo del hospital, cada vez estoy más cerca, pero cada vez tengo más frío.

Entro al hospital dando portazos y veo a todos en el pasillo, a todo menos a mi madre. En cuanto me ve la abuela me da una chaqueta y un abrazo. Seguramente habré cogido una pulmonía.

- Sentimos mucho habértelo ocultado todo este tiempo, me dice al oído.

- Tu hermano lo esta pasando mal, muy mal, le han detectado un tumor y...no sabíamos como decírtelo, me dice con gran melancolía.

Me dejan pasar a la habitación, veo a mi madre abrazada a mi hermano, él está muy pálido y tiene la cabeza rapada. Me acerco a él y mi madre se aleja y me deja sentarme en la camilla.

- Jo chico, que corte de pelo tan feo, ¿no?, le digo llorando para que se sienta un poco mejor

- Ya bueno, me han obligado. Noa te he echado de menos, de repente se echa a llorar

- No llores por favor que te vas a poner bien, recuerda que eres como un roble, el roble más fuerte del mudo, le digo. Es exactamente lo que le decía cuando se hacía daño o estaba triste, es como nuestro mantra.

- ¿El más fuerte? ¿del mundo?, me pregunta mientras le aparto las lágrimas de sus sonrojadas mejillas.

- Sí, el más fuerte, el más grande y el más bonito de todo el mundo, le contesto mientras extiendiendo las manos exagerando y haciendo el tonto para hacerle reír.

- Entonces...no voy a morir, ¿verdad?, me dice mirándome como si fuera un cordero yendo al matadero.

- No quiero morir, tengo miedo, ¿qué voy a hacer solo?¿qué va a pasar? Por favor, ayúdame, tu eres la única que me entiende.

No puedo aguantarme la lágrimas, él también llora, nos abrazamos.

De repente la máquina que hace todo el rato un pitido constante como si midiera algo empieza a sonar más rápido que antes, lo médicos han venido corriendo y le han empezado a toquitar todo, mi hermano no quería soltarme la mano pero mi madre me ha apartado para que no molestara.

- Hermanita prométeme que soy el roble más fuerte, me dice penas sin respiración

- Sí, sí lo eres, eres el roble más fuerte, el mejor roble, el único roble que quiero, el único y el último, le digo agarrándole la mano, el me prieta la muñeca pero me da igual.

- Venga, ¡se fuerte, que tú puedes! ¡Resiste, por favor, no me dejes sola!, le grito.

El aparato que pita seguía acelerando y yo me seguía poniendo nerviosa.

- ¡¡XAVIER!!¡¡XAVIER!!!, por favor, no me dejes.

- No dejes que planten otro roble, por favor, me dice mi hermano apenas sin aliento.

- Le hemos perdido, lo sentimos mucho, dice uno de los médicos.

Yo salgo corriendo a darle un abrazo. No puede ser.

Han pasado casi dos meses y no he dicho ni una palabra, tampoco he ido a clase, ni he salido de mi cuarto. Hoy he soñado cuando nos bajamos aquella vez al río Patxi, lo llamábamos así porque es muy viejo y todos los señores mayores del pueblo se llaman así. Hicimos aquella casa del árbol que tanto deseábamos. El árbol era un roble. Todo me recuerda a él, no puedo más.

- Hermanita no llores, me dice alguien que me quiere sonar a mi hermano.

Me giro, le veo, le estoy viendo, estoy loca, es imposible.

- Sigue con tu vida que yo siempre te voy a curar las heridas porque soy el roble más fuerte del mundo, ¿verdad hermanita?, me dice relajadamente.

- Sí que lo eres, le digo llorando. Hermano, te echo de menos, te necesito, le digo sin evitar las lágrimas.

- Yo también te quiero, por favor no te olvides de mi, dice mientras empieza a desaparecer.

20 años después.

Me fui del pueblo a estudiar una carrera de psicología y tras acabarla volví al pueblo donde ahora estoy residiendo. Mis padres y mis abuelos se quedaron viviendo en la ciudad. Ahora vivo con mi hermanito en la antigua casa del pueblo, hay veces que le oigo jugar en la hierba del jardín y otras veces le oigo tocar el piano. Me escribe notas y me las deja en el buzón de la casa, sigue teniendo la misma letra de niño pequeño de cinco años y medio. En las cartas me dice que le encanta la palabra del roble que llevo tatuada en el ante brazo y que me había echado de menos. Me ha inspirado para escribir esta historia, y me ha secado las lágrimas después de emocionarme al escribirla. Lo raro es que no le tengo miedo, y solo deseo darle un abrazo a mi pequeño y fuerte roble.